

N PREMIO
NADAL
2014

 **Carmen Amoraga**
La vida era eso



DESTINO

La vida
era eso

Carmen
Amoraga

Premio Nadal de Novela 2014

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1291

© Carmen Amoraga, 2014

© Ediciones Destino, S. A., 2014
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2014

ISBN: 978-84-233-4798-8
Depósito legal: B. 594-2014
Impreso por Cayfosa-Impresia Ibérica
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Whitney Houston suena en la radio mientras William prepara café. La cocina está desordenada y todavía conserva los restos de la cena de ayer. No les gusta Whitney, pero es lo que hay, y canta ajena a la indiferencia.

William no sabe que pronto esa canción será importante. Para ellos.

La caja de la pizza está sobre la encimera, aún con las dos porciones que Giuliana dijo que metería en el frigorífico.

William respondió:

—Eso, metelas esta noche y así las tirás mañana.

Ella le miró, molesta por el comentario, pero al verle la cara se dio cuenta de que sonreía y le contestó:

—Boludo.

Había sido una buena tarde. Fueron juntos a la tutoría de la clase de Marie, que últimamente andaba poco fina con las matemáticas y en casa estaba a menudo como melancólica. La profesora los tranquilizó. Tiene nueve años, les dijo, es normal que se descentre de vez en cuando. Todavía es una niña.

Hablaron de eso mientras paseaban camino de vuelta. Del tiempo, tan veloz, tan efímero.

Él se puso un poco triste.

Ella quiso decirle:

—Tu hija se te parece en la melancolía.

Pero le dijo:

—Nosotros ya hemos dejado huella, Will. Las niñas nos llevan. Permaneceremos pase lo que pase.

Él sonrió.

Quiso decirle:

—A veces esta rapidez me da vértigo.

Pero le dijo:

—Pidamos pizza para cenar.

Ana aplaudió entusiasmada. Dijo que se la comería toda entera de un bocado. Pero al primer mordisco, tal vez al segundo, se despistó con los dibujos de Disney Channel y se olvidó de comer. Tampoco Marie tomó más de una porción. Giuliana no quiso repetir y él, por lo suyo, se había acostumbrado a las cenas sobrias.

Por eso, esa mañana, la cocina está desordenada.

Ahora William recuerda que, ese día, le molestó el barullo de platos y vasos sucios, de bolsas de Mercadona por aquí y por allá, algunas aún con la compra dentro; las migas de pan, la coca-cola medio abierta, desventada.

Recordaría que, ese día, al poner el café en la cafetera, pensó:

«Joder, esto parece una pocilga.»

También se le pasó por la cabeza este otro pensamiento:

«Menudo ejemplo para nuestras hijas, tanto desorden.»

Y este otro:

«A ver si baja de una vez Giuliana. Tenemos que hablar, poner normas, ser estrictos con las nenas. Esto no puede seguir así.»

Recoge un poco el desastre. Con el enfado, se olvida de reciclar y lo tira todo, la caja, la comida, la botella, en el mismo cubo.

Refunfuña.

Recuerda ese recuerdo, y lo lamenta.

Querría haber tenido otros pensamientos y no esos. Quizás algo más amable. Quién sabe.

Giuliana entra en la cocina. Lleva el pijama todavía puesto. Reconoce los pantalones, con ese estampado de ranas que saltan en la charca y que tanta gracia le hacen a Ana.

Su mujer parece cansada. Tal vez no ha dormido. Mira a su alrededor, puede que preguntándose qué habrá pasado con la basura y con el desorden, cómo es que la cocina está ya impecable, cómo es que huele a café.

Whitney Houston sigue cantando en la radio. «*I look to you. And when melodies are gone, in you I hear a song. I look to you.*»

Ya no le importa el desbarajuste. Sólo quiere abrazarla.

Le ve. Sonríe. Camina hacia él, despacio, como a cámara lenta.

Se lo dice:

—Pero cuánto tardás.

Vuelve a sonreír.

Por fin llega.

Se lo dice:

—Por fin llegaste.

Abre los brazos y Giuliana se le mete dentro. Siente su respiración. Le huele el pelo y piensa que huele a buenos días, a planes, a trabajo, a prisa, a vida.

Ella le mira y quiere decirle tantas cosas que no dice nada.

Él la mira y quiere decirle tantas cosas que no dice nada.

Whitney, que no les gusta a ninguno de los dos, sigue cantando en la radio, ajena a la falta de atención de sus oyentes, viva en las ondas aunque la muerte se la llevó hace unos meses.

Él le acaricia el pelo y hunde una vez más su nariz en esa mata oscura, medio rizada, que permaneció lisa y tiesa como un palo hasta que nació su hija mayor.

—Apurate —le dice.

Le mira, desconcertada.

—Andá. No llegués tarde a mi funeral.

Giuliana despierta, sobresaltada.

Y se echa a llorar.

Negación

Mira la fotografía. Está sonriendo. Se ha hecho unos anteojos con el pulgar y el índice y saca la lengua. No se ve, pero le dedica el gesto a Ana, su hija menor, que acaba de quitarle el móvil a su madre y le ha dicho:

—Venga, Tati, que voy a hacerte una foto.

—Dejame que la vea. —La niña se la muestra—. Está relinda. La voy a poner en mi perfil de Facebook y así siempre que la vea me voy a acordar de vos y de este día.

Traga saliva y lee el texto que acaba de escribir.

William Kesselman

30 de julio de 2011

En la madrugada del 29 de julio de 2011, a las 3.10 a. m. hora espaniola, me despedí de este mundo, ya que no quise sufrir más, llevándome en mi alma y mi corazón todo el amor de mi mujer y de mis hijas, junto con todo el carinio de todos ustedes, que me apoyaron para luchar desde el momento en que caí enfermo.

No hubo tiempo para muchas cosas, entre ellas, ver crecer a mis hijas, compartir mi vejez con Giuli y muchas muchas más, pero hubo momentos hermosos que compartí con ellas, y eso nunca lo olvidaré.

Gracias por todo de nuevo, gracias de verdad, ahora sí que pude alcanzar la paz y el descanso que necesitaba, disfruten de cada día y celebren la alegría de vivir, no estén tristes, que esto es un hasta luego, ya nos encontraremos en algún lugar y compartiremos más momentos hermosos. Los quiero mucho.

Giuliana mira el ordenador. Hace calor, pero lo que siente es frío, dentro y fuera. De ella.

Lee lo que ha escrito y quiere repasar, encontrar la forma de poner la eñe, porque la computadora la compraron en Estados Unidos y allí no hay eñe que valga. Se han reído mucho con eso estos años. Jugaban a escribir palabras como:

Coño (*conio*)

Puño (*punio*)

Ñoño (*nionio*)

España (*Espania*)

Y así hasta que Ana lloraba o Marie les llamaba o el jueguecito dejaba de hacerles gracia, lo que primero ocurriría. Ahora lee: «hora espaniola», «carinio».

Recuerda la última vez que rieron con esa absurdidad infantil, y aunque le parece que hace años de todo, en realidad fue hace menos de una semana, en el hospital: William estaba en la cama desde el domingo, medio sedado por la morfina. Llegó en una ambulancia, roto de dolor. Ella no pudo montar en el vehículo. El camillero le dijo que el seguro no tenía cobertura para los acompañantes y tuvo que viajar en taxi, rota de miedo. Fue de madrugada, y tardó en llegar, el taxi. Aprovechó la espera para avisar a los vecinos, por las niñas, pero se olvidó de

cambiarse las zapatillas y llegó a urgencias en chanclas. Le costó una eternidad encontrar a su marido y sintió por primera vez ese terror que la mantiene paralizada desde ese día. Y si ya no le veo más. Y si ya no le veo más. Y si ya nunca más le veo.

En la habitación, de vez en cuando él abría los ojos y miraba al mundo como sin verlo, pero de repente fue como si saliese de un lugar profundo, seguramente oscuro, y agotado por el esfuerzo, le pidió agua. Se la dio. Le puso la mano en la frente y le preguntó cómo estaba.

—¿Cómo estás, mi am...?

Notó que la voz se le quebraba y se llevó a los labios el mismo vaso en el que William acababa de beber, para disimular que se desgarraba por dentro, comenzando por las cuerdas vocales.

Él hizo un gesto imperceptible con la mano derecha, en cuyo dorso una aguja sostenida con esparadrapos le mantenía a este lado de la vida sin demasiado dolor.

El gesto de la mano venía a decir: «Así, así».

La miró a los ojos.

Pensó:

«Ay, Giuli, no tengás miedo.»

Ella pensó que pensaba:

«Dame más agua, por favor.»

Le ofreció el vaso y él bebió un poco más antes de hablar de nuevo.

—Dame tu móvil, ¿quierés? ¿Hay aquí cobertura para conectarnos a internet?

Se lo tendió y, con dificultad, tecleó durante un

buen rato, al cabo del cual le devolvió el Samsung.

—Me gustaría que escribieras por mí en Facebook.

Ella observó su perfil en la red social.

—¡Pero si no escribís desde mayo! ¿Por qué ahora querés enredarte con esto?

La miró con una tristeza infinita y pensó:

«Para despedirme.»

Ella pensó que él pensaba:

«Para despedirme.»

Se sentó a su lado y dijo:

—Dale, decime lo que querés poner.

Escribió, como él, con dificultad.

El teclado era pequeño y sus dedos parecían morcillas. Se rieron.

La gramática predictiva quería cambiarle las palabras cada dos por tres. Se rieron.

Por costumbre puso «acompañado» y «cariños», aunque el teléfono sí tenía la eñe. Se rieron. Un poco. Al leer lo escrito, se les quitaron las ganas de seguir riendo.

William Kesselman

25 de julio de 2011

Hola a todos, es la mano de Giuli la que escribe, pero son mi corazón y mi alma los que les quieren contar que desde el domingo me han ingresado en el hospital y estoy jodido, están tratando de hacer todo lo posible para poder salir adelante pero hay pocas probabilidades de ganar esta batalla, de todas maneras seguiré luchando hasta el final

(aunque a veces me canso de tanto pelear), seguiré por mis hijas y por mi mujer en particular y por toda la gente que, como ustedes, me ha acompañado siempre en este duro camino, hoy me he sentido un poco más animado, he bebido mucha agua, me he incorporado solito en la cama varias veces y he reconocido a todos los que han venido a verme, incluyendo los médicos y la psicóloga.

Bueno, es todo por hoy, solamente decirles GRACIAS a todos porque sé que van a pedir y rezar por mí, y un gracias muy especial a las mamás y los papás del cole que se están encargando de mis hijas, como siempre lo han hecho hasta ahora (incluyo a mis vecinos Lourdes y Vicente), gracias también a todos los que han venido a vernos a Giuli y a mí por dedicarnos parte de su tiempo.

Les diría que voy a salir adelante, aunque me sienta como si me estuvieran perforando por dentro, aunque me esté cagando de dolor, porque un ser superior no va a permitir que deje a mis chicas solas, pero, como saben los que me conocen, aunque soy judío, no practico.

Ahora me arrepiento y comprendo a los que abrazaron la fe en las vísperas de la muerte. No, no se apuren, yo no creo que me vaya a ir ahora, no voy a abandonarlas por un puto cáncer, pero, si creyera en un dios —tanto si le llamara Dios como Alá o aunque no quisiera pronunciar su nombre por respeto, ya ven que me lo sé—, si creyera, les digo, pensaría que un ser superior me va a ayudar a salir de ésta y que todo obedece a un plan que ahora mismo, con este dolor, no puedo comprender, y Giuli, con el dolor de ella, tampoco alcanza a entender. ¿Verdad que no, amor? Me dice que no con la cabeza, mi pobre Giuliana.

Con esto los dejo.

Besos y carinios a todos, hasta prontito.

Y al día siguiente escribió:

William Kesselman

26 de julio de 2011

Hola a todos, también hoy es Giuli la que escribe, pero Will el que habla. Me siento mejor, todo el día estuve bastante parlanchín, y le pregunté a Giuli por qué estaba en el hospital, qué me había pasado (encima pensé que estaba en otro hospital porque no conozco a las enfermeras de la planta de onco, ya que las veces anteriores siempre estuve en la planta de cirugía), tuve muchas visitas como los días anteriores (eso es bueno), el tema es que ayer me cagaron de hambre, me iban a dar de comer un caldo y un zumo iiiy se olvidaron!!! Encima a Giuli le trajeron un cocido con un olorcito espectacular iiiy la guacha no convidó!!! Así que a la noche me comí unos tomatitos cherry, iiestaban buenísimos!!! (no se lo digan al médico, porfi). A ver si hoy tengo más suerte y me dan algo sabroso para llevarme a la boca.

Ayer a las 2.00 de la maniana me levanté solo de la cama porque no aguantaba más la cintura (me mareé un poco, pero me senté en una silla), y después me dieron algo para el dolor y pude dormir mejor (ahora estoy bastante dopadito).

Besos a todos y gracias de nuevo por los mensajes, rezos, pedidos, buenos deseos, llamadas y demás, aquí seguimos, pero iiIME QUIERO IR A CASA!!!

Hasta prontito.

También ese día estuvo pensando si poner las eñes y arreglar palabras. Tampoco lo hizo, seguramente porque algo se lo impediría, algo real, algo tangible. Su marido, que le pediría algo; la enfermera, que entraría a cambiar el gotero; el enfermo de la cama de al lado, que se quejaría; ella, que iría al baño a mojarse la cara para permanecer algo más entera. Y ahí quedan las palabras para que las lean los ciento cuatro amigos que Will tuvo en el mundo virtual, y

para que sepan que ha muerto. Su marido, que días más tarde escribió:

William Kesselman

2 de agosto de 2011

Hola a todos, ¡¡¡ay, pobre mi Pitu, qué perdida está hoy!!! Entre tanto trámite y papeleo, joder, ¡no me puedo morir tranquilo! Que la mutua, la Seguridad Social, los consulados, y los p... bancos... Encima hoy fue a poner en marcha el coche y no le arrancó... Pero como la conozco sé que va a salir adelante, además nunca la he dejado sola, y menos ahora en estos momentos. Y encima con las vacaciones, y no le ponen fáciles las cosas a mi pobre Giuli...

Me comentó que está haciendo un calor de cagarse, la tal ola sahariana que se viene, yo acá estoy bien, aunque las extranías también a mis chicas...

¡¡¡Cuántas lágrimas!!! Estuve en la misa que hicieron en la parroquia, ha sido muy emotivo ver a todos los que allí estaban y a los que pasaron por la sala del tanatorio, gracias de nuevo por el apoyo que le están dando a Giuli y las chicas. Para compensar, en el crematorio Giuli optó por una ceremonia laica, así que leyeron un poema de Neruda, hicieron un minuto de silencio y finalmente se escuchó *Yesterday* (le dijeron a Giuli que eligiera una canción que me gustara, como no estaba Dire Straits, escogió los Beatles).

Ayer por la tarde Giuli y las chicas recogieron mis cenizas, así que ya me encuentro de nuevo en casa (¡¡¡ojo, porque ahora estoy en todos lados!!!). Las chicas están armando un lugar especial en casa, que Marie ha denominado «el rincón de papi», con mis restos, fotos, dibujitos (de nuestra artista Ana), alguna velita, flores y demás cosas que me gustaban (¡¡ya me pusieron una botellita de Jack Daniel's!!).

Besos a todos, hasta pronto.